

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Comisión Episcopal para la Vida Consagrada



LA VIDA CONSAGRADA, Caminando en Esperanza



Materiales para la
**JORNADA MUNDIAL
DE LA VIDA CONSAGRADA**
2 de febrero de 2023

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

ÍNDICE

Presentación	3
Testimonios	7
Textos para orar y gustar.....	23
Oración para la Jornada Mundial de la Vida Consagrada.....	26

PRESENTACIÓN

Caminando en esperanza

El 2 de febrero es siempre un día marcado en rojo en el calendario eclesial, un día especial para pararse a valorar y agradecer el don de la vida consagrada tal y como el Espíritu la va suscitando en la Iglesia de cada tiempo. Con todo, aun tratándose de una jornada singular, no podemos aislarla del resto. Celebrar la Jornada Mundial de la Vida Consagrada pasa, en realidad, por acoger con un corazón dispuesto y confiado la senda que se abre a nuestros pies consagrados cada día de nuestra existencia. Parafraseando el dicho lucano de Jesús, quienes hemos sido llamados a una vocación consagrada —y también los que comparten con nosotros la vida cotidiana— sabemos por experiencia que cada mañana trae su propio camino. Y que solo puede aventurarse en él sin extraviarse quien lo afronta bajo el signo de la esperanza en Jesús resucitado. Los últimos párrafos del documento de la CIVCSVA *Caminar desde Cristo*, pensado como hoja de ruta para los consagrados y consagradas al comienzo de este tercer milenio, recordaban con gran viveza esta experiencia común que es, a la vez, un ideal permanente:

«Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su “reflejo” [...]. Esta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos» (*Novo millennio ineunte*, n. 54). Esta es la esperanza proclamada en la Iglesia por los consagrados y las consagradas, mientras con los hermanos y hermanas, a través de los siglos, van al encuentro de Cristo resucitado (*Caminar desde Cristo*, n. 46).

Recibiendo y promoviendo los ecos sinodales que resuenan en la Iglesia de nuestros días, la Jornada Mundial de la Vida Consagrada de este año 2023 queremos celebrarla precisamente bajo el lema «Caminando en esperanza». *Caminando* es un gerundio que hace referencia a una acción continua y persistente, que no se cansa ni se detiene, que conlleva paciencia y tesón. *En esperanza* indica un modo muy concreto de llevar adelante dicha acción a través de la virtud cristiana más necesaria para quien desea vivir en marcha y volcado hacia el futuro que

hemos de construir todos los miembros de la Iglesia unidos. Si el año pasado recordábamos que ir «caminando juntos» es el modo natural de vivir la dinamicidad propia del pueblo de Dios —que es *pueblo* y lo es del *camino*— y, por tanto, de la vida consagrada, este año contemplamos el talante y el horizonte de aquellos que, en medio del mundo pero sin ser de él, se consagran a Dios «caminando en esperanza» para ser cada día apóstoles del reino, levadura en la masa, semilla en la tierra, sal en el guiso y candelero en lo alto. Con ellos damos gracias a Dios y comprometemos nuestra entrega para tomar las sendas de la esperanza, que nos portan cada jornada a la casa del Padre, a la casa de la comunidad, a la casa de los olvidados.

Las personas consagradas tratan de confiar caminando en esperanza, aun cuando no tienen, como su maestro, dónde reclinar la cabeza. Su camino cotidiano de obediencia comienza y termina en la casa del Padre. Dios es su *desde, en y hacia dónde*. Ellas saben que se necesitan oídos atentos a la voz del Padre, ojos fijos en la cruz del Hijo y manos prontas a la misión del Espíritu para encontrar fuerza y perseverancia a la hora de emprender esperanzadas cada desafío cotidiano dejando que Dios haga nuevas todas las cosas (cf. Ap 21, 5). Él es el Señor de la historia que alienta sus pasos y en él encuentran la promesa —futura y presente— de una dicha que no acaba. Solo a través de esta presencia sostenida de Dios que el Espíritu Santo despierta en su interior, los consagrados se van volviendo peregrinos recios en las jornadas de tormenta y animosos en las de sol.

Las personas consagradas tratan de compartir caminando en esperanza, aun cuando no llevan bastón ni alforja ni una capa o túnica de sobra. Su camino cotidiano de castidad comienza y termina en la casa de la comunidad. Los hermanos son su *con quién*. Ellas saben que no han sido llamadas a la soledad estéril, sino que tienen que entrelazar sus historias con las del resto de consagrados, con el conjunto del pueblo de Dios, con sus hermanos y hermanas de orden, congregación o comunidad, de parroquia y unidad pastoral, de arciprestazgo, de Iglesia particular y universal... y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, principalmente los más pequeños. Es en esta unión de voluntades siempre retadora, con exigentes rasgos sinodales, donde se alumbra una esperanza distinta a la que ofrece el mundo, capaz de derribar muros, abrir fronteras y soñar juntos el reino que, gracias a Dios, ya se ve en esta tierra fatigada.

Las personas consagradas tratan de acompañar caminando en esperanza, aun cuando no consiguen más que un par de monedas que echar en la ofrenda del templo. Su camino cotidiano de pobreza comienza y termina en la casa de los olvidados. Los empobrecidos son su *para qué*. La cercanía con Cristo Jesús, que sana las enfermedades, levanta del barro y alegra el corazón, los hace encaminarse hacia los heridos, los caídos, los empobrecidos, los excluidos y los entristecidos, y clamar con ellos por la salvación definitiva en medio de muchas periferias fecundas. A veces llevan sobre sus hombros a quienes han sido abandonados a su suerte en la cuneta de la vida o indican la dirección correcta a quienes buscan el camino de vuelta a la casa del Padre. Otras, se dejan iluminar y consolar en su propia vulnerabilidad por quienes han conocido intensamente el sufrimiento y han mantenido la fe. De un modo u otro, siguen la estela del Crucificado-Resucitado que pasó por este mundo haciendo el bien y caminando en esperanza.

Para ir lejos hay que dar un paso detrás de otro con «determinada determinación». Y hay que hacerlo cada día con ánimo esperanzado. Bien lo sabían el anciano Simeón y la profetisa Ana, que gastaron su vida en un ir y venir de casa al templo y del templo a casa hasta que el Señor esperado —luz de las naciones y gloria de su pueblo— apareció en sus brazos un buen día. Pensando en el camino esperanzado de ambos, Simeón y Ana, el papa Francisco pronunció hace dos años las siguientes palabras en su homilía para la XXV Jornada Mundial de la Vida Consagrada de 2021:

Caminando con paciencia, Simeón no se dejó desgastar por el paso del tiempo. Era un hombre ya cargado de años, y sin embargo la llama de su corazón seguía ardiendo; en su larga vida habrá sido a veces herido, decepcionado; sin embargo, no perdió la esperanza. [...] La esperanza de la espera se tradujo en él en la paciencia cotidiana de quien, a pesar de todo, permaneció vigilante, hasta que por fin «sus ojos vieron la salvación» (cf. Lc 2, 30)» (FRANCISCO, *Homilía en la Fiesta de la Presentación del Señor* [2.02.2021]. *XXV Jornada Mundial de la Vida Consagrada*).

En el espejo de Simeón y Ana se mira hoy toda la vida consagrada, consciente del momento que vive y alentada por el deseo de sumarse al compás sinodal de la Iglesia «caminando en esperanza». Ellos supieron sembrar con paciencia y recoger con gratitud, servir calladamente y cantar de júbilo, esperar a que el Mesías se abriera camino hasta ellos

y caminar compartiendo con todos la esperanza del Señor. Reconociendo en su figura el rostro de tantos consagrados y consagradas que caminan *sinodalmente* en esperanza, demos gracias a Dios por la luz que nos llega a través de su vocación entregada y elevemos nuestra oración por la humanidad sufriente, para que llegue el día en que los ojos de todos contemplen a su Salvador.

Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

TESTIMONIO DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

«Caminando en esperanza»

Nuestra vida como consagrados solo encuentra su sentido en la persona de Jesucristo. Caminamos tras sus huellas, siguiendo la llamada que él un día nos hizo y que se prolonga cada instante de nuestras vidas. De modo especial, la vida contemplativa expresa de manera absoluta esta respuesta, unión y dedicación constante al misterio de Dios, que se nos hace camino, verdad y vida en la persona de Jesús.

Es la relación diaria, sencilla pero profunda, con esta persona la que nos abre sin reservas a la confianza y a la esperanza. La vida de silencio, entrega y oración, leyendo nuestra propia historia a la luz de la Palabra, nos descubre al Dios siempre presente, que ha establecido con nosotros su Alianza. Contemplando el peregrinar del pueblo de Israel, que tanto se parece al nuestro, constatamos que el Señor establece su Alianza precisamente en medio del desierto, con un pueblo que camina desconcertado y que tantas veces ha demostrado su debilidad y fragilidad. Desde esta experiencia del Dios siempre fiel, nada tememos, pues aun cuando vayamos por cañadas oscuras, él va siempre con nosotros. Por ello, podemos caminar esperanzados en nuestro momento presente, aun cuando nos parezca reseco y yermo, descubriendo que participamos de un tiempo de gracia y salvación. A mayor dificultad, mayor oportunidad que se nos regala para confiar, creer, y ser fieles a ese Padre de las misericordias que un día nos llamó. Desde la vida contemplativa, con la mirada puesta en Jesús, oramos con profunda esperanza.

SOR MARÍA ALEGRÍA, OSC
Hermana Pobre de Santa Clara
Monzón (Huesca)

«Caminando a tu lado en esperanza»

Cuando una persona tiene esperanza en algo nos está diciendo que tiene confianza en que las cosas van a salir bien, y eso le genera una motivación para la acción, para la vida. *Esperanza* viene del verbo transitivo e intransitivo *esperar* y del sufijo *-anza*, que puede indicar precisamente acción, resultado, cualidad o agente.

Para mí, *esperanza* es un término que implica acción, que implica vida; me lleva a crecer en actitudes muy positivas en el día a día y es muy contagiante. Destacaría algunas como la alegría, el optimismo o la perseverancia en la búsqueda de la verdad. Esto lo he vuelto a comprobar recientemente a raíz de vivencias personales que han marcado —y redirigido— mi trayectoria.

Hace unas semanas he dado un paso importante en mi vida al haberme novicia en el monasterio de benedictinas de León y tengo plena confianza en que las cosas van a salir bien, es decir, *camino en esperanza*.

Este *caminar en esperanza*, lejos de generar en mí actitudes pasivas de una «espera sentada», me lleva a la acción y me mantiene viva en mi día a día. ¿Viva para qué? Para vivir mi carisma monástico. Un carisma que «busca verdaderamente a Dios» y trata de «no anteponer nada al amor de Cristo» (Regla de San Benito). ¿Y qué me aporta este *caminar en esperanza*? Me aporta fuerza y perseverancia para seguir avanzando en la dirección que mira hacia lo que de verdad quiero, aunque aparezcan obstáculos; y teniendo como GPS la voluntad de Dios. Además, me hace vivir en alegría y con una actitud positiva hacia los acontecimientos y las personas. Luego ya vamos viendo varios frutos de este *caminar en esperanza*: fuerza, perseverancia, búsqueda de la verdad, alegría, visión positiva y confiada.

Y ciertamente son todos ellos aspectos que he ido observando y *absorbiendo* de las hermanas desde que vine al monasterio la primera vez. Me los han contagiado y yo deseo contagiarlos a muchos. En realidad, me han transmitido lo que verdaderamente es la vida monástica; lo hacen cada día. Y no con discursos, sino con su propia vida: con su vida sencilla de oración, trabajo y fraternidad; con su constante actitud de búsqueda de Dios en todo y en todos.

Llegué al monasterio hace algo más de un año y lo hice sin ninguna intención de quedarme. Simplemente deseaba vivir unos días de retiro en medio de una situación personal de inquietud vocacional que me acompañaba desde hacía tiempo. Tras regresar a casa, pedí volver para realizar un periodo más pausado de discernimiento vocacional, sin pensar en ningún momento en la opción de vida monástica, de la que —además— no tenía ningún conocimiento ni experiencia. Sin embargo, Dios me comunicó lo que tenía preparado para mí desde antes de crearme, su *plan de plenitud* para mí: la vocación de benedictina en esta comunidad de hermanas.

La sorpresa y el desconcierto fueron grandes. Asombrosamente, abracé esta invitación de mi Padre con prontitud e inmensa gratitud; y de forma libérrima y alegre. Ahora, me parece darme cuenta de que fue ese *caminar en esperanza* por la vida lo que me ayudó a reaccionar de tal manera. Fue esa confianza en que las cosas van a salir bien, unida a la convicción de que mi vida está en manos de Dios, lo que me hacía discurrir de esta manera: «Si Dios ha pensado para mí este camino es que es el mejor para mí. Es mi Padre, el que mejor me conoce y más me quiere». También recuerdo que cuando comuniqué esta noticia a quien me acompaña espiritualmente, con cariño y respeto profundo a mi libertad, me preguntó sencillamente: «¿Y cuál es tu respuesta?». «¡El *fiat* de María!» fue lo que me vino del alma. Y luego meditando despacio el *Magnificat*, me daba cuenta de que todo él es un precioso canto de esperanza.

La Virgen no conoce nada de lo que va a venir, pero está contenta, le basta saber que el anuncio le viene de Dios por medio de Gabriel. Yo no conocía nada de esta vocación, nunca había tenido contacto con la vida monástica; pero estaba contenta, me bastaba saber que aquello venía de mi Padre. De pronto, dudé y me dije: «¿Y si no puedo, si no soy capaz?». Y escuché a María: «Proclama mi alma la grandeza del Señor», «él hace proezas con su brazo», «auxilia a Israel», «ha mirado la humillación de su esclava». María no se fija en ella, se fija en Dios, pone la mirada en *el objeto de su esperanza*. Así que yo adopté esa misma mirada y desde ese día pido al Espíritu Santo que me la mantenga ahí, focalizada en Dios, no en mí. Pues cuando empiezo a mirarme a mí y mi falta de capacidad, lo que primero empieza a tambalearse es precisamente la esperanza.

San Isidoro de Sevilla, en su *Libro de etimologías*, decía que «la palabra esperanza se llama así porque viene a ser como el pie para caminar, como si dijéramos: es pie (*spes*). Su contrario es la desesperación, porque allí donde faltan los pies no hay posibilidad alguna de andar».

Para mí *caminar en esperanza* es sinónimo de *vivir*. Es como el oxígeno para respirar. Aquí la buena noticia es que nuestro *oxígeno* nunca se va a acabar. Los que tenemos a Dios como objeto de nuestra esperanza siempre podemos caminar en esperanza, porque Él nunca nos va a faltar. *Dios sostiene mi vida, y esa es mi esperanza*.

Sé que estoy en sus manos, que él vive conmigo y juntos acogemos todos los acontecimientos de la vida. Por eso, pienso que la esperanza se puede y debe vivir en lo cotidiano, sin necesidad de reservarla a momentos o situaciones excepcionales. Yo así lo vivo, para mí son los *pies* para caminar cada día, y que me mantienen erguida.

Esta actitud de querer tener como objeto de mi esperanza a Dios me lleva a vivir con *esperanza en el futuro*. Y aquí me refiero a todo lo que vaya sucediendo próximamente y en largos años, tanto en mi persona como en la comunidad como en la Iglesia y en el mundo.

Se habla a veces sobre el futuro de las comunidades religiosas o de la Iglesia desde una visión negativa. No es mi mirada. Yo confío en que las cosas irán saliendo bien, pero sobre todo me cuestiono: «¿Qué es que salgan bien?»: ¿que haya muchas vocaciones?, ¿que no se den conflictos o discrepancias?, ¿que se frenen las *amenazas de cambio* por miedo al resultado?, ¿que sigamos siendo *muchos*?

Sencillamente, pienso que *el Espíritu tiene mucho más que decir que nosotros*. A mí me gustaría dejarle hacer más en mí y que todos en la Iglesia avancemos de su mano, dejando que él guíe nuestro caminar en esperanza.

SOR CRISTINA SANZ GONZÁLEZ
*Monasterio de benedictinas
Santa María de Carbajal (León)*

TESTIMONIO DE LA VIDA APOSTÓLICA

«En el camino encontré un tesoro por el que lo vendí todo»

En mi experiencia de vida compartida con las mujeres en situación de prostitución y víctimas de trata con fines de explotación sexual, lo define muy bien el lema: «Caminando en esperanza». Porque ellas son mujeres que luchan, que son fuertes, que hacen ese camino para poder mejorar sus vidas y las de sus familias. Y son ejemplo de hacerlo con esperanza. Un ejemplo que me enseña, me motiva, me anima a vivir con sentido mi vocación oblata.

Y esperanza es eso que dicen nuestras Constituciones: «Caminar sobre sus huellas, fijarse en los ejemplos y acciones de su vida y hacerse en lo posible, semejantes a él». Siempre me ha gustado esta cita y me ha ayudado a enfrentarme a situaciones difíciles con la mujer. A veces, en sus complejos procesos, no sabes por dónde orientarlas, aun estando con profesionales de gran valía, y han sido ellas mismas las que han resuelto su vida, han luchado por sus hijos, han sacado valentía y fuerza y han podido superar trámites bien dolorosos. Esto es lo que más valoro en estas mujeres.

En los Evangelios hay muchas citas de mujeres liberadas que pueden iluminar nuestra vida: la mujer encorvada, María Magdalena, la mujer adúltera, la oveja perdida; para mí, el denominador común de todas ellas es el encuentro con Jesús y eso es lo que pretendo con ellas, tal vez no necesiten muchas palabras; es el vínculo, estar acompañadas, lo que las puede ayudar a encontrarse con el Maestro y sentirse liberadas.

Los lugares donde se ejerce prostitución hoy están llenos de rostros de diferentes nacionalidades y es siempre la misma queja: los papeles, el permiso de residencia y trabajo. Esto las lleva a una inseguridad grande y a vivir con miedo, abusos de todo tipo, asentamientos en condiciones ínfimas de habitabilidad. Son situaciones dolorosas y complejas en que nos encontramos muchas veces sin solución, sin respuesta, ante una sociedad que pide eficacia. La fe en el Dios de la vida, en las mujeres y la esperanza es lo que nos mantiene y nos mueve.

Como oblata creo que nuestra vida es un camino de sencillez y novedad: nos vemos reflejadas en el texto de Lc 10, 21: «Te doy gracias,

Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los sencillos».

En un primer momento, es un agradecimiento por la vocación inspirada y regalada y, en segundo lugar, por concedernos el Espíritu que nos lleva a contactar con el corazón de la mujer afectada y violada en su dignidad y mirarla como lo haría Jesús. Es la dinámica de la escucha, la empatía, esperando su momento y desde ahí acompañarla, creer en ella, crear vínculo, estar a su lado, decida lo que decida. No es fácil ser discípula de Jesús, arriesgar, despedirse, no es fácil, cruzar el charco y levantar el vuelo hacia lo desconocido y no saber hasta cuándo... solo desde la fe, solo desde la confianza y, cómo no, desde la compañía de las demás con la misma fe y confianza en Jesús de Nazaret. Para mí esto es la conversión, fruto de la realidad que vivimos en la vida religiosa, acogiendo modelos sociales, mundos distintos, con la única preocupación de buscar y encontrar el bien común de las mujeres. Ahí me doy cuenta de que *rezar, vivir, planificar, soñar* son verbos que han ampliado nuestra mirada y afirman que la vida consagrada está viva a pesar de los años, que juntas y juntos somos capaces de despertar y hacer fermentar la masa.

Después viene la implicación con la sociedad, el no quedarnos quietas, sensibilizar y denunciar ante el mundo situaciones injustas que promuevan una mejora de su calidad de vida, llegar a una cultura del diálogo que fecunde la esperanza y la justicia.

Por último, querría decir que cualquier oblata tiene la experiencia de ser referente para la mujer en algún momento de su vida. Es hermoso vivir esas expresiones de agradecimiento y complicidad de ellas hacia nosotras. No olvidemos sus hijos pequeños, esos que se han criado con nosotras y han podido ser un poquito más felices con nuestro cariño y atenciones. Eso es vida y nunca se olvida. Como decía Pedro Casaldáliga: «Al final del camino me dirán: “¿Has vivido? ¿Has amado?”. Y yo, sin decir nada, abriré el corazón lleno de nombres».

¿Qué me queda decir? Agradecer, agradecer y agradecer al Dios de la vida que ha hecho tanto por mí y que deseo que siga haciéndolo por ellas.

HNA. ISABEL M.^a JIMÉNEZ (TÁNGER)
Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor

TESTIMONIO DE INSTITUTOS SECULARES

La historia de un camino de esperanza

Me han pedido que escriba un relato vocacional y he pensado que sí, que os voy a contar una historia, mi historia, en forma de relato y en tercera persona. No deja de ser, desde el presente, una mirada, una interpretación de mi pasado que ya no está pero que *es* en lo hoy *soy*.

Érase una vez una niña, la última de seis hermanos, criada en el seno de una familia católica poco practicante; una pequeña mimada y olvidada al 70/30.

Vivía como niña y adolescente, buscando ser feliz y dejando de lado, en muchas ocasiones, los consejos de aquellos que caminaban a su lado.

Un día, en la primera quincena del mes de septiembre de 1979, aunque en ese momento no se dio cuenta, Dios se hizo presente en su camino a través de un fracaso escolar y la situó ante un cambio de dirección.

Sin mucha consciencia, aunque con emoción y cierta alegría, toma ese nuevo rumbo, se va al bachillerato a un centro de las Hijas de la Natividad de María, y, poco a poco, sin apenas darse cuenta, con naturalidad, crece un deseo: consagrarse al Señor en el instituto secular HNM.

¡Cuánta ilusión!, ¡cuánto ímpetu!, ¡cuántos deseos de hacer el bien, de atraer a las personas hacia Dios!, hacer, hacer, hacer..., y ese buen Dios se hace más presente de nuevo y la encamina hacia dentro, la sitúa en la búsqueda de ese amor que ella sabe que habita en su interior porque, por momentos, se deja ver, oye su voz, se refleja en su mirada...

Hasta el presente la ha traído esa búsqueda y hoy entiende que ha de abandonar el deseo porque es precisamente él el que le impide acceder a lo que *es*.

No se daba cuenta de que partía, en esa búsqueda, desde la escasez, desde lo que falta sin enterarse de que «todo» está desde el principio.

Un instante de luz, como una ráfaga intensa y penetrante, ha iluminado esta verdad y hoy, tiempo de cambios, tiempo de esperanza, de permanencia sosegada se repite confiada: el Señor está cerca, «muy cerca».

M.^a TERESA IGLESIAS POLO
Instituto secular Hijas de la Natividad de María

TESTIMONIO DE LAS VÍRGENES CONSAGRADAS

«Contra toda esperanza, Abrahán creyó y esperó...»

(Rom 4, 18)

A esta cita bíblica con la que empiezo mi testimonio he tenido que acudir muchas veces en mi vida y hacerla muy mía para poder seguir caminando con firmeza; ciertamente me ha llenado siempre de tanta fortaleza como necesité en medio de las dificultades del momento. Es que la Palabra de Dios está llena de vida, de fuerza, y de verdad, es muy beneficiosa su escucha. Es impresionante, porque muestra cómo *aun en medio de la angustia, sí es posible creer, esperar y confiar*. Qué importante y necesario es esperar «contra toda esperanza...», porque la esperanza como virtud teologal tiene una enorme fuerza para sostener la fe y la caridad en el crecimiento del camino. No es fácil ir contra toda esperanza, y creer en él, y mucho menos esperar. Pero es posible, y yo soy testigo de ello cuando tomé esa opción y decisión siendo muy joven y estando desconcertada.

Muchas veces por la falta de esperanza, por la oscuridad que hay en nuestro caminar, por las circunstancias negativas, terminamos creyendo que ese es nuestro destino y que no hay salida o solución. Pero no es así, pues cuando creemos y esperamos, logramos ver resultados transformados y sobrenaturales.

Mi vocación al *ordo virginum* siendo consagrada en él hace ya más de veinticuatro años es un fruto de esa enorme esperanza que albergaba en el corazón —como fruto de la enseñanza de Abrahán— y, claro está, de la inmensa misericordia de Dios que sale al encuentro de su criatura que confía y espera en él, experimentando así que nunca la dejaba defraudada: «Todo, Señor, lo espero de ti. Eres realmente la razón de mi existencia».

El Señor salió a mi encuentro permitiendo conocer esta forma de vida consagrada en medio del mundo, que llenó mi corazón desde el principio que supe que existía, cuando, después de un camino ya empezado e

interrumpido por las fuertes borrascas de la vida, me permite de nuevo ser de Dios y pertenecerle y así cautivada por su amor me entregué a él para siempre. Dichosa de ello como la esposa del Cantar puedo proclamar: «Lo abracé y no lo soltaré»; bendita virginidad que me permite amar con tanta profundidad: abrazo de comunión de amor, abrazo renovado en cada eucaristía, abrazo entrelazado con lazos de amor verdadero imposible de desatar por estar afirmados en la roca firme: Cristo el Salvador.

En medio de una vida «aparentemente normal» en el trabajo de una editorial católica y el sacrificio del cada día, trato de «corresponder con mi amor exclusivo y total al amor infinito de Cristo»... —mandato del santo padre san Juan Pablo II en uno de nuestros encuentros con él en Roma, 1995—: «Amadlo como él desea ser amado, en la vida concreta. Asumiendo sus mismos sentimientos, compartiendo su estilo de vida, hecho de humildad y mansedumbre, de amor y misericordia, de servicio y alegre disponibilidad, de celo incansable por la gloria del Padre y la salvación del género humano». En resumen, vida de Evangelio, sabiendo y reconociendo mi pequeñez absoluta, pero dejándome llenar en ese cada día de su fuerza, la fortaleza del Espíritu hasta que pueda decir a imagen de san Pablo: «No soy yo sino que es Cristo que vive en mí» (cf. Gal 2, 20). Nada fácil en absoluto, pero hacia ahí camino poco a poco en medio de tropiezos, caídas y nuevos levantamientos.

Ahora ya con la experiencia del sustento por un lado y de la herida por otro, de su amor nupcial, vivo aguardando su llegada como anunciadora de un mundo nuevo según el Espíritu y en constante suplica de su venida: ¡ven, Señor Jesús! Grito apocalíptico de la Iglesia del que estoy segura que suena y clama en el interior de cada uno de los cristianos amantes, de continuo, con una sed insaciable hasta hacerse realidad su adorable persona. Yo al menos lo espero impaciente anhelando su llegada, le amo con todo mi ser, quiero corresponder a su amor y de él espero la gracia para todo.

Después de haberme encontrado con el tesoro incomparable y unirnos para siempre en alianza eterna de amor, en esta consagración además de mi bautismo, reconozco que Cristo es la alianza personificada, (cf. Lc 22, 19-20): en él se expresa la fidelidad de Dios al hombre y al mismo tiempo la fidelidad del hombre, para siempre. El secreto está o

debe estar en la permanencia de ese amor, como él mismo nos dice en Juan, es pues su amor, el amor del Esposo, lo que da la vida a la virgen, a la humanidad entera con la que quiere desposarse... Él es toda su riqueza y su razón de vivir.

Entonces la alegría surge de forma inevitable; cuando entregas tu vida a Dios y la pertenencia a él llena tu ser; es una alegría en plenitud, fuerte, inmovible, que aviva tus capacidades para saltar todas las vallas y dificultades que normalmente no son pocas.

Un «yo soy para mi amado y mi amado es para mí» (cf. Cant 6, 3) va tejiendo la vida y en medio de las luchas, dificultades, tribulaciones, tormentas, penas y alegrías... saboreo ese «con amor eterno te quiero» del profeta (cf. Jer 31, 3) que tan real, justo y legítimo se presenta siempre que se necesita, siempre está y siempre conforta y endulza las horas amargas. Tan solo es necesario el despertar a él y acogerlo. Ya lo decía santa Teresa. Por mi parte no quiero dejarlo solo jamás, porque aún duele el doloroso grito: «El amor no es amado», de muchos santos de todos los tiempos.

Esto sería el resumen de mi vida: vida entregada en oblación amorosa y sacrificial, en agradecimiento y clave oracional e intercesora por los más pobres y pequeñuelos hermanillos que andan tan perdidos sin norte ni horizonte y tan engañados por el enemigo.

Haciendo mía la frase de santa Teresita repito: «¡No, no me arrepiento de entregarme al amor!». Todo lo contrario, mil veces más, lo haría siempre que volviera a nacer, pues inmensamente agradecido el corazón vive en la certeza de su amor fiel, inquebrantable, perfecto, total y completo.

A un amor tal, ¿cómo permanecer indiferente?

¡Le pido cada día en mi oración, pequeñez y pobreza la gracia de ser fiel a su amor!

En el consuelo de la unión con la buena Madre que acompaña, siempre callada, desgrano o canto mi *Magnificat* de agradecimiento diario.

MARGARITA MARTÍN BRAVO
Virgen consagrada de la diócesis de Salamanca

TESTIMONIO DE LAS NUEVAS FAMILIAS ECLESIALES DE VIDA CONSAGRADA

«Caminando en esperanza»

Pertenezco a la rama masculina de la Fraternidad Misionera Verbum Dei, familia eclesial de vida consagrada, vinculado con votos perpetuos desde el año 1985, y donde me ordené como sacerdote en el año 1990. La mayor parte de la misión la he desarrollado en diversos países de Europa, Asia y América Latina.

La llamada del Señor para dejarlo todo y seguirlo la descubrí en los primeros ejercicios espirituales de mes, dirigidos y predicados por el fundador de la FMVD y su equipo de misioneros, pues éramos varones jóvenes, con la participación ocasional de alguna misionera y de algún matrimonio misionero. Yo estaba iniciando mis estudios de Medicina, pero reconocí en aquellos ejercicios que la vida a la que yo quería servir con mi profesión no era algo sino alguien que había dicho «yo soy la vida» (Jn 14, 6) y que me llamaba personalmente a dar su vida a todos.

Me vinculé inmediatamente iniciando mi formación como misionero viviendo desde el primer momento en una familia internacional constituida por lo que en el VD llamamos tres ramas: misioneros, misioneras y matrimonios misioneros. Compartir la espiritualidad, la formación, los proyectos y la realización de la misión entre las tres ramas ha reforzado en mí la conciencia de que el Evangelio debe llegar a todas las personas en cualquier estado de vida, por ello he entendido que tenemos que buscar incansablemente como Iglesia aquellas formas y métodos que puedan llevar el Evangelio al mayor número de personas.

He aprendido que la programación y la ejecución de la misión se hacen más «complicadas» cuando hay que integrar modos de pensar, sensibilidades, idiosincrasias que no son homogéneas en cuanto a género, estado de vida, nacionalidad..., pero he podido experimentar así que esta vivencia común potencia la capacidad de anuncio del Evangelio al mayor número y variedad de personas. De hecho, me ha parecido coherente y feliz que mis propios padres y miembros de mi

familia de origen participen también de esta vivencia y misión que es para todos.

Tengo la convicción de que nosotros, como FMVD, junto con las familias eclesiales que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia, pretendemos expresar en modos originales el estilo de vida de las primeras comunidades cristianas para llegar en modo renovado a otros espacios y ambientes y culturas, desplegando la eterna novedad del Evangelio. A través de los diferentes carismas que hemos recibido, las familias eclesiales de vida consagrada, queremos dejarnos impulsar por el Espíritu y «caminar en esperanza» como un pueblo de Dios que evangeliza: que quiere vivir y transmitir la alegría de evangelizar.

P. RAMIRO DE JESÚS GALLO ISAZA, FMVD

TESTIMONIO DE LA VIDA CONSAGRADA EN TIERRAS DE MISIÓN

«Cuando la esperanza se vuelve camino, canto y gracia»

Ya hace seis años desde que las referencias cotidianas, las seguridades dadas por hecho y los espacios vitales habitados «indiscutiblemente» por Dios dejaron paso a un espacio nuevo de pérdidas, inseguridades y ausencias con los que nunca había contado. Y es que, cuando abrimos la puerta a la novedad que Dios nos trae, la vida se remueve desde la raíz y todo parece estar «fuera de sitio».

Antes de llegar a Bikop (un pueblecito muy pequeño en medio de la selva tropical de Camerún), tenía muchas expectativas respecto a lo que significaría ser «misionera». Como si de antemano me supiera bien la teoría y conociera a lo que iba y adónde iba. Sin embargo, hoy puedo decir que en realidad no sabía nada, ni lo que vendría a partir de ese momento, ni lo que contemplaría, ni lo que me desconcertaría y cambiaría en mí todo esto. Y mejor así, pues, a veces, las expectativas ayudan a dar un paso adelante que de otro modo nunca hubiera osado a dar. ¡Y cuánto me habría perdido!

Bikop quiere ser algo así como un «oasis» en medio del caos. Un pueblo insignificante, de esos que no salen en los mapas, en el que las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús tenemos un centro de salud, una escuela infantil y una casa de acogida. Aquí vivimos cuatro hermanas de tres nacionalidades diferentes, y juntas intentamos dejarnos sorprender y acoger lo impredecible de cada día. Palabras como *planificación, control, organización, próxima semana o lo decidimos mañana* no tienen cabida en nuestro vocabulario cotidiano, pues lo urgente, impredecible y cambiante ocupan toda nuestra jornada. Esta es una de las cosas que nos confirman que sin cuerpo, sin contar con otros, sin hacer equipo en la diversidad, difícilmente podríamos ser cauce del Dios trino que en la comunión se revela y actúa en nuestra historia.

Casas de adobe y caña, rutas inaccesibles, naturaleza exorbitante, amenazante e intocable, y pobreza estructural conforman el paisaje cotidiano.

A nuestro hospital acude una media de setenta personas cada día. La mayoría desahuciadas, dadas por perdidas, estigmatizadas o enfermas que vienen cuando ya están al límite de lo que pueden aguantar (y aguantar aquí, aguantan mucho). Ver llegar a los enfermos es toda una contemplación. Me gusta quedarme en la puerta de entrada y verlos llegar, unos en moto, otros caminando, otros cargados en la espalda de algún familiar... Es como estar a la puerta de la casa de Pedro, a la que llegaban tantos buscando a Jesús para ser curados de toda enfermedad y dolencia. Siento que solo así puedo comprender lo que ocurre, puedo vislumbrar, aunque sea de lejos, la esperanza oculta, callada y osada a la que el Señor nos invita.

Intento acercarme a ese espacio sagrado que es el otro, con sus dolores, sus angustias, sus miedos, sus muertes... y lo hago con el fonendo en mano, como si pudiera atrapar, *in fraganti*, el latido que se abre camino en sus cuerpos frágiles. Y siendo sincera, la mayoría de las veces, lo que atrapo es silencio, oscuridad y sinsentido, pero en el fondo, sé que ahí, de manera silenciosa, Dios se está dando y abriendo camino.

Tocar la fragilidad de los pacientes me pone en contacto con la mía propia, como si, sin previo aviso, y sin darme tiempo a prepararme, se produjera ese encuentro sagrado entre fragilidades, ese abrazo que no esperas, ese momento en el que la vulnerabilidad propia y ajena se exponen para ser rescatadas por un Dios que vela por sus criaturas y que les ofrece un espacio donde descansar, donde ser plenamente humanos, donde ser hijos.

Creo, o al menos a mí me pasa, que cuando se vive mucho tiempo en ambientes donde la muerte, el dolor o el caos son predominantes, corremos el riesgo de endurecernos, dado que vivir en constante confrontación con lo que parece caótico y deshumanizado nos pone cara a cara con lo que humanamente rechazamos (pobreza, muerte, enfermedad). Por eso, es muy importante no perder de vista al Dios de los grandes horizontes que quiere que el ser humano viva.

Pero no es fácil esta tarea, de la misma manera que no es fácil encontrar signos de esperanza en la oscuridad. No tengo recetas, solo intuiciones que me dicen que en el centro de todo esto, está Dios dando significado y recordándonos que su lógica es la de poner todo «patas arriba».

A veces hay que convertirse un poco en detective para ir descubriendo pistas que ayuden a encontrar sentido a lo más cotidiano de esta realidad: la impotencia, el sufrimiento, la corrupción, el racismo, el abandono de los mayores, la brujería, la pobreza, la cosificación de la mujer, el abuso a las niñas, el mal uso del poder...

A veces hay que mirar con lupa para ver signos pequeños de una vida ya de antemano amenazada.

Sin embargo, otras veces, esa vida surge desbordante, fuerte, resistente y lo hace donde menos lo esperas: un gesto de cuidado, un rato de escucha, un acto de libertad, un servicio, una acogida a lo diferente, un trabajo en equipo, una pregunta amable, una palabra positiva, un rato en silencio, un mirarse a los ojos...

Creo que es esta la esperanza a la que estoy llamada. No tanto a esperar que ocurra algo o que llegue alguien que arregle la situación, si no a dejarme encontrar por ese alguien que se deja entrever donde menos lo imaginas.

Y es así como la esperanza se vuelve camino, canto y gracia.

Camino por el que caminar acompañando a tantas personas que buscan alivio, cuidado y sanación. Un camino que se va haciendo a la vez que una se pone en marcha y que no entiende de direcciones fijas, sino de posadas abiertas, fuentes de aguas tranquilas y mapas que conducen a Dios.

Canto alegre convertido en *Magnificat* que anuncia que Dios es bueno y hace cosas grandes, que tiene siempre un «plan B» cuando no salen nuestros planes y que es, sobre todo, el Dios de los pobres, los pequeños, los vulnerables.

Y gracia, porque esta esperanza se nos da y tenemos que pedirla. Es don y regalo de la fe, dinámica en la que sintiéndonos regaladas, estamos llamadas a darnos, a confiar y a permanecer.

HNA. ISABEL FERNÁNDEZ ESCOBAR, ACI
Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús
Bikop (Camerún)

TEXTOS PARA ORAR Y GUSTAR...



La esperanza es vivir en tensión, siempre, sabiendo que no podemos hacer el nido aquí: la vida del cristiano está «en tensión hacia». Si un cristiano pierde esta perspectiva, su vida se vuelve estática y las cosas que no se mueven se corrompen. Pensemos en el agua: cuando el agua está quieta, no corre, no se mueve, se corrompe. Al cristiano que no es capaz de estar en tensión hacia la otra orilla, le falta algo: terminará corrupto. Para él, la vida cristiana será una doctrina filosófica, la vivirá así, dirá que es fe pero sin esperanza no lo es. (Homilía Santa Marta, 29 de octubre de 2019).

Abrahán: Hombre de esperanza

La Biblia está llena de esperanza. Abraham «creía firmemente en la esperanza contra toda esperanza» (Rom 4, 18). El papa Francisco señala que Abrahán, en un momento de desconfianza, en lugar de pedir el hijo prometido que no vino, «se vuelve a Dios para ayudarle a seguir esperando». Es curioso, no pidió un hijo. Pidió: «Ayúdame a seguir esperando», la oración de tener esperanza... No hay nada más hermoso. *La esperanza no defrauda* (Audiencia general, 28 de diciembre de 2018).

Juan Pablo I: La esperanza es una virtud obligatoria

Durante su brevísimo ministerio, Juan Pablo I dedicó una catequesis a la esperanza, en la que afirmaba que «es una virtud obligatoria para todo cristiano» que nace de la confianza en tres verdades: “Dios es todopoderoso, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas”. Y es él, el Dios de la misericordia, quien enciende la confianza en mí; por lo tanto, no me siento ni solo, ni inútil, ni abandonado, sino involucrado en un destino de salvación, que un día llegará al paraíso» (Audiencia general, 20 de septiembre de 1978).

Juan Pablo II: Los cristianos son testigos de la esperanza

San Juan Pablo II nos invita a redescubrir la virtud teologal de la esperanza, que «por una parte, impulsa al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a toda su existencia y, por otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para su compromiso cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al plan de Dios» (*Tertio millennio adveniente*). Debemos aceptar el don del Espíritu Santo que «suscita en nosotros una cierta esperanza de que nada “nos podrá separar jamás del amor de Dios, en Cristo Jesús Señor nuestro”» (Rom 8, 39). Por esta razón, el Dios revelado en la «plenitud de los tiempos» en Jesucristo es verdaderamente «el Dios de la esperanza», que llena a los creyentes de alegría y paz, haciéndolos abundar «en la esperanza por el poder del Espíritu Santo» (Rom 15, 13). Los cristianos están llamados, por tanto, a ser testigos en el mundo de esta experiencia gozosa, «siempre dispuestos a responder a todo el que pida razón de la esperanza» que hay en ellos (1 Pe 3, 15).

Benedicto XVI: La esperanza cambia la vida

Benedicto XVI dedica toda una encíclica, *Spe salvi*, a la esperanza. Lo describe como una virtud performativa, capaz de «producir hechos y cambiar la vida». En la Carta a los Romanos, san Pablo habla de la salvación en la esperanza (Rom 8, 24). «La redención —escribe Benedicto XVI— se nos ofrece en el sentido de que se nos ha dado una esperanza, una esperanza fiable, en virtud de la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, incluso un presente fatigoso, puede ser vivido y aceptado si conduce a una meta y si podemos estar seguros de esta meta, si esta meta es tan grande como para justificar la fatiga del viaje». Benedicto XVI señala un testigo de esperanza: Santa Josefina Bakhita, una mujer que conoció la esclavitud, la violencia, la pobreza, la humillación. Una mujer que, en el encuentro con Jesús, vio el renacimiento de la esperanza que luego transmitió a los demás como una realidad viva: «La esperanza, que había nacido para ella y la había “redimido”, no podía guardarla para sí misma; esta esperanza tenía que llegar a muchos, a todos». (*Spe salvi*, 30 de noviembre de 2007).

Francisco: La esperanza es la luz que supera la oscuridad

«La esperanza —afirma el papa Francisco— hace que uno entre en la oscuridad de un futuro incierto para caminar en la luz. La virtud de la esperanza es hermosa; nos da tanta fuerza para caminar en la vida» (Audiencia general, 28 de diciembre de 2018).

Y en este momento tan delicado de nuestra historia, el papa Francisco habla de otro contagio: el contagio «que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia». Es el contagio de la esperanza: «¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado!». No se trata de una fórmula mágica que haga desaparecer los problemas. No, esto no es la resurrección de Cristo.

Es, en cambio, la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no «evita» el sufrimiento y la muerte, sino que los atraviesa abriendo un camino hacia el abismo, transformando el mal en bien: la marca exclusiva del poder de Dios (Mensaje de *urbi et orbi*, 12 de abril de 2020).

Con la Pascua, hemos conquistado «un derecho fundamental, que no nos será arrebatado: el derecho a la esperanza». Es una esperanza nueva y viva, que viene de Dios y «pone en nuestros corazones la certeza de que Dios sabe convertir todo en bien, porque incluso de la tumba saca la vida» (Sábado Santo, 11 de abril de 2020).

Por eso, la esperanza es una virtud que no se ve: trabaja desde abajo; nos hace ir y mirar desde abajo. No es fácil vivir en la esperanza, pero yo diría que debería ser el aire que respira un cristiano, el aire de la esperanza; de lo contrario, no podrá caminar, no podrá seguir adelante porque no sabe adónde ir. La esperanza —esto sí es verdad— nos da seguridad: la esperanza no defrauda. Jamás. Si tú esperas, no te decepcionarás. Debemos abrirnos a esa promesa del Señor, inclinándonos hacia esa promesa, pero sabiendo que hay un Espíritu que trabaja en nosotros. *Carta de la esperanza* (septiembre de 2017. Audiencia General).

ORACIÓN PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

2 de febrero de 2023

CAMINANDO EN ESPERANZA

No vamos solos.
Cristo nos une. Con él. Entre nosotros.
Y con tantos que viven, lloran, aman, anhelan,
crecen, luchan y esperan.

Cada vez más descalzos e inseguros.
Cada vez más cerca de la cruz y lejos
de los pedestales.
Cada vez más libres de modas e inercias.
Cada vez más capaces de reírnos
de nuestras pretensiones
y tomar en serio las suyas.

Unos, aún vacilantes,
dando los primeros pasos,
otros exigidos por el ritmo
de jornadas intensas,
y algunos, ya bien gastados,
vislumbrando la meta —que es abrazo—.

Juntos. Caminando en esperanza.
Hombres y mujeres de Dios,
consagrados a una misión,
a un anhelo,
al proyecto de quien nos invitó
a compartir su camino. Amén.

JOSÉ M.^a RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

